

«Quien quiera entender por qué Rusia y Occidente se enfrentan por el futuro de Ucrania tiene que leer esta historia rigurosa, exhaustiva y apasionada.» MICHAEL IGNATIEFF

The top half of the cover features a dramatic, low-key photograph. It shows the silhouettes of several people standing on a hill or in a crowd, holding up various flags. The background is a bright, hazy orange and yellow, suggesting a sunrise or sunset, which creates a strong backlighting effect on the figures and flags. The flags include the Ukrainian national flag (blue and yellow) and other regional or national flags. The overall mood is one of historical significance and national identity.

LAS PUERTAS DE EUROPA

**PASADO Y PRESENTE
DE UCRANIA**

SERHII PLOKHY

PENÍNSULA

Las puertas de Europa

Una historia de Ucrania

Serhii Plokhy

Traducción de Marta Rebón Rodríguez y Ferran Mateo

Título original: *The Gates of Europe: A History of Ukraine*

© 2015, 2021 by Serhii Plokhyy

This edition published by arrangement with Basic Books, an imprint of Perseus Books, LLC, a subsidiary of Hachette Book Group, Inc., New York, New York, USA. All rights reserved.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2022

© de la traducción del inglés, Marta Rebón Rodríguez
y Ferran Mateo Jerónimo, 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 12.551-2022
ISBN: 978-84-1100-103-8



Índice

Nota preliminar	13
Mapas	15
Prefacio	27
Introducción	29

PARTE I EN LA FRONTERA PÓNTICA

1. En el límite del mundo	39
2. La llegada de los eslavos	53
3. Vikingos en el Dniéper	65
4. El norte de Bizancio	77
5. Las llaves de Kíiv	89
6. <i>Pax Mongolica</i>	101

PARTE II EL ESTE SE ENCUENTRA CON EL OESTE

7. La construcción de Ucrania	121
8. Los cosacos	135
9. Las reformas orientales	153
10. La Gran Rebelión	169

11. Las particiones	184
12. El veredicto de Poltava	197

PARTE III
ENTRE IMPERIOS

13. Las nuevas fronteras	217
14. Los libros del Génesis	236
15. La frontera permeable	255
16. En marcha	272
17. La revolución inacabada	288

PARTE IV
GUERRAS MUNDIALES

18. El nacimiento de una nación	309
19. Un sueño perdido	328
20. Comunismo y nacionalismo	347
21. La fortaleza de Stalin	370
22. El <i>Lebensraum</i> de Hitler	390
23. Los vencedores	415

PARTE V
EL CAMINO A LA INDEPENDENCIA

24. La Segunda República Soviética	437
25. ¡ <i>Good Bye</i> , Lenin!	459
26. La Plaza de la Independencia	483
27. El precio de la libertad	503
28. Un nuevo amanecer	516

Epílogo. Los significados de la Historia	533
Agradecimientos	543
Cronología histórica	545
Quién es quién en la historia de Ucrania	561
Glosario	569
Bibliografía complementaria	571
Índice temático	581

En el límite del mundo

El primer historiador de Ucrania fue Heródoto, el «padre de la historia», un honor generalmente reservado a las historias de países y pueblos del mundo mediterráneo. Ucrania —una extensión de estepas, montañas y bosques al norte del mar Negro, conocida por los griegos como *Pontos euxeinos* ('Mar hospitalario', latinizado por los romanos como *Pontus euxinus*)— era una parte importante de ese mundo. Y su relevancia tenía un carácter peculiar. El centro del mundo en la época de Heródoto eran las ciudades-estado de la antigua Grecia, y se extendía hasta Egipto, al sur, y Crimea y las estepas pónicas, al norte. Si Egipto era una tierra de cultura y filosofía antiguas que había que estudiar e imitar, el territorio de la actual Ucrania fue la frontera por excelencia, donde la civilización griega se encontró con su *alter ego* bárbaro. Fue la primera frontera del espacio político y cultural que llegaría a conocerse como «mundo occidental». Fue allí también donde Occidente empezó a definirse a sí mismo y al «otro».

Heródoto, conocido en griego antiguo como Heródotos, procedía de Halicarnaso, una ciudad griega situada en territorio de la actual Turquía. En el siglo v a. C., época en que vivió, escribió y recitó su *Historia*, su ciudad natal formaba parte del Imperio persa. Heródoto pasó gran parte de su vida en Atenas, vivió en el sur de Italia, cruzó más de una vez el Mediterráneo y visitó Oriente Próximo, viajando a través de su

inmensidad hasta Egipto y Babilonia, entre otros lugares. Admirador de la democracia ateniense, escribía en griego jónico, pero sus intereses se extendían mucho más allá de Grecia, incluso se podría decir que eran todo lo globales que podían serlo entonces. En su *Historia*, dividida más tarde en nueve libros, arrojó luz sobre los orígenes de las guerras greco-persas, que comenzaron en el 499 a. C. y se prolongaron durante medio siglo. Heródoto fue contemporáneo de esas guerras y estudió la materia durante tres décadas después de que terminaran. Describió el conflicto como una batalla épica entre la libertad y la esclavitud, representadas por los griegos y los persas, respectivamente. Aunque tenía una profunda simpatía política e ideológica por los primeros, quiso contar no una, sino las dos caras de la historia, para «preservar la memoria del pasado plasmando las asombrosas hazañas tanto de los helenos como de los bárbaros».

Mientras preparaba los pasajes «bárbaros» de su *Historia*, Heródoto dirigió su atención a las estepas pónticas. En el año 512 a. C., trece años antes de que comenzaran las guerras, Darío el Grande, el rey más poderoso del Imperio persa, invadió la región para vengarse de los escitas, por haberle agraviado. Los reyes escitas, gobernantes nómadas de un vasto reino al norte del mar Negro, hicieron marchar a Darío desde el Danubio hasta el Don tras sus ejércitos móviles, sin darle la oportunidad de entablar batalla. Fue una derrota humillante para un monarca que, al cabo de apenas una década y media, supondría la principal amenaza para el mundo griego. En su *Historia*, Heródoto no escatimó esfuerzos para ofrecer al lector una descripción lo más completa posible de los misteriosos escitas, sus tierras, sus costumbres y su sociedad. Al parecer, pese a sus extensos viajes, nunca visitó la zona en persona y tuvo que confiar en las historias contadas por otros. Aun así, su detallada descripción de los escitas, así como de las tierras y de los pueblos que gobernaban, lo convirtió no solo en el

primer historiador, sino también el primer geógrafo y etnógrafo de Ucrania.

Como sabemos por las investigaciones arqueológicas, las tierras al norte del mar Negro ya estaban habitadas por cazadores de mamuts neandertales hace 45.000 años. En el quinto milenio antes de nuestra era, los portadores de la llamada cultura Cucuteni-Tripilia se asentaron en los bosques esteparios entre el Danubio y el Dniéper, se dedicaron a la agricultura y la ganadería, construyeron grandes asentamientos y crearon estatuillas de terracota y de cerámica policroma. Hacia el 3500 a. C., los habitantes de las estepas pónticas domesticaron el caballo, y mil años después llevaron las lenguas indoeuropeas a Europa Central.

Antes de que Heródoto empezara a recitar extractos de su obra en los festivales públicos de Atenas, la mayoría de los griegos sabía muy poco de la costa norte del mar Negro. Consideraban que esas tierras lejanas estaban pobladas por bárbaros, un patio de recreo para los dioses. Algunos creían que fue allí, en una isla en la desembocadura del Danubio o del Dniéper, donde Aquiles, el héroe de la guerra de Troya y de la *Ilíada* de Homero, encontró su reposo eterno. En algún lugar cerca del Don vivían las amazonas, guerreras de la mitología griega que, para tensar el arco con más habilidad, se amputaban el pecho derecho. Y luego estaban los feroces táuricas de Crimea, una península conocida por los griegos como Táurica. Su princesa, Ifigenia, no tuvo piedad de los viajeros que se vieron obligados a refugiarse de las tormentas del mar Negro en las costas escarpadas de la actual Crimea. Los sacrificó a la diosa Artemisa, que la había salvado de la pena de muerte que dictó contra ella su padre, Agamenón. Pocos querían viajar a tierras tan bárbaras como las que bordeaban el «mar hospitalario», que a pesar de su nombre era

muy difícil de navegar y famoso por sus violentas tormentas que surgían de la nada.

La primera vez que los griegos oyeron hablar de las tierras y los pueblos de la costa septentrional del mar Negro fue a través de un pueblo de guerreros llamado cimerios, que aparecieron en Anatolia después de que los expulsaran los escitas de las estepas pónicas en el siglo VIII a. C. Los nómadas cimerios se adentraron primero en el Cáucaso y luego se desplazaron hacia el sur, hacia Asia Menor, donde se encontraron con culturas mediterráneas con una larga tradición de vida sedentaria y logros culturales. Allí, estos guerreros nómadas llegaron a ser conocidos como el epítome de la barbarie, una reputación que se recoge en la Biblia. El profeta Jeremías los describe así: «Empuñan el arco y la lanza. Son crueles y no saben lo que es la compasión. Sus voces son como los rugidos del mar, y a galope tendido vienen contra ti, dispuestos ya a atacarte». La imagen de los cimerios como despiadados guerreros también llegó a la cultura popular contemporánea. Arnold Schwarzenegger interpretó el papel de Conan el Bárbaro —un personaje de ficción inventado en 1932 por el escritor Robert E. Howard— como rey de Cimeria, en una exitosa película de Hollywood de 1982.

Crimea y la costa norte del mar Negro pasaron a formar parte de la ecúmene griega en los siglos VII y VI a. C., después de que los cimerios se vieran obligados a abandonar su tierra natal. Entonces empezaron a aparecer colonias griegas en la región, la mayoría fundadas por colonos de Mileto, una de las polis más poderosas de la época. Sínope, fundada por los milesios en la costa sur del mar Negro, se convirtió en una metrópoli por derecho propio. Las colonias de la costa norte incluían Panticapeo, cerca de la actual ciudad de Kerch, Teodosia en el emplazamiento de la actual Feodosia, y Quersoneso, cerca de la actual ciudad de Sebastopol, todas situadas en Crimea. Pero la colonia de Mileto más conocida fue, con di-

ferencia, Olbia, en la desembocadura del río Bug Meridional (también llamado Bog), donde desemboca en el estuario del Dniéper, cuyas aguas mezcladas desembocan en el mar Negro. La ciudad contaba con murallas de piedra, una acrópolis y el templo de Apolo en Delfos. Según los datos arqueológicos, en su época de esplendor la superficie de Olbia alcanzaba las cincuenta hectáreas y su población ascendía a 10.000 personas. La ciudad, que adoptó una forma de gobierno democrática, regulaba sus relaciones con su metrópoli, Mileto, mediante tratados.

La prosperidad de Olbia, como la de otras ciudades y emporios (lugares de comercio) griegos de la región, dependía de las buenas relaciones con la población local de las estepas pón-ticas. En la época de la fundación de la ciudad y durante su periodo más próspero —siglos v y iv a.C.— los habitantes eran escitas, una alianza de tribus de origen iraní. Los colonos griegos de Olbia y sus vecinos no solo hacían negocios y convivían, sino que también se casaban entre sí, lo que dio lugar a una numerosa población cuya sangre era una mezcla de griega y «bárbara» y cuyas costumbres combinaban tradiciones helénicas y locales. Desde Olbia los mercaderes y los marineros transportaban por mar grano, pescado seco y esclavos a Mileto y otras ciudades griegas, mientras que a casa traían vino, aceite de oliva y productos artesanales griegos, incluidos textiles y artículos de metal, para venderlos en los mercados locales. Entre ellos, había lujosos artículos de oro, como sabemos hoy por las excavaciones en los túmulos funerarios de los reyes escitas. En las estepas del sur de Ucrania abundan este tipo de tumbas, ahora reducidas en su mayoría a pequeñas colinas y conocidas en ucraniano como *kurgani*.

Seguramente la pieza más admirable del llamado oro escita, un pectoral con tres filas de figuras, se descubrió en el sur de

Ucrania en 1971, y en la actualidad puede verse en el Museo de Tesoros Históricos de Ucrania en Kíiv. El pectoral, que probablemente data del siglo IV a. C., y que en su día adornó el pecho de un rey escita, da una buena idea, entre otras cosas, de la estructura interna de su sociedad y su economía. En el centro están representados dos hombres con barba que se arrodillan y sostienen una piel de oveja. Por el material con el que está hecho el pectoral, recuerda el vellocino de oro de los argonautas, símbolo de realeza y autoridad. A la derecha y a la izquierda de la escena central hay imágenes de animales domésticos: caballos, vacas, ovejas y cabras. También hay representaciones de esclavos escitas: uno parece ordeñar una vaca, otro una oveja. El pectoral deja poco lugar a dudas de que los escitas vivían en una sociedad de guerreros esteparios predominantemente masculina, cuya economía dependía de la cría de animales.

Si las imágenes de personas y animales domésticos nos adentran en el mundo escita, las de animales salvajes presentes en el pectoral nos hablan más de cómo los griegos imaginaban la frontera más lejana de su mundo que sobre la vida real en las estepas pónicas. Leones y panteras acechan a jabalíes y ciervos, mientras que grifos alados —mitad águilas y mitad leones, los animales más poderosos de la mitología griega— atacan a caballos, los animales más importantes para el modo de vida escita. El pectoral es, pues, un símbolo espléndido no solo de la transferencia cultural griega, sino también de la interacción de los mundos griego y escita en las estepas pónicas.

Siglos de entrelazamiento de culturas permitieron a Heródoto recopilar un tipo de información sobre la vida de los escitas que ninguna excavación arqueológica habría podido proporcionar. Por ejemplo, el mito fundacional de este pueblo nómada. En *Historia* de Heródoto se explica en estos términos: «Según los relatos de los escitas, su pueblo es el más

joven de todas las naciones». Los nómadas creían que descendían de Targitaos y de sus tres hijos. «Durante el reinado de los tres hermanos [se refiere a Lipoxais, Arpoxais y Colaxais] cayeron del cielo sobre Escitia cuatro objetos de oro: un arado, un yugo, una *sagaris* (un hacha de doble filo) y una copa. El hermano mayor, que fue el primero en verlos, se acercó con el propósito de apoderarse de ellos; pero, al aproximarse, el oro se puso incandescente. Cuando el mayor se alejó, se dirigió a ellos el segundo, pero el oro volvió a hacer lo mismo. Así pues, el oro, al ponerse al rojo, rechazó a los dos primeros; sin embargo, cuando en tercer lugar se aproximó el benjamín, se apagó la incandescencia y el muchacho se lo llevó a su casa. Ante estos prodigios, los hermanos mayores convinieron en entregarle al menor la totalidad del reino» y dio origen a la tribu escita conocida como los escitas reales, que gobernaron las estepas pónicas y se quedaban con el oro caído del cielo. Al parecer, los escitas se veían a sí mismos como la población nativa de esa tierra. De lo contrario, no habrían afirmado que su fundador, Targitao, había nacido de un dios de los cielos y de una hija de Borístenes, ahora conocido como Dniéper, el principal río del reino. El mismo mito sugiere que, aunque gobernados por nómadas, los escitas también se veían a sí mismos como agricultores. Entre las herramientas que les cayeron del cielo se encontraba no solo un yugo, sino también un arado, un claro símbolo de la cultura sedentaria.

Al describir a los escitas, Heródoto los dividió en jinetes y agricultores, y asignó a cada grupo su propio nicho ecológico en la región norte del mar Negro. En la margen derecha del Dniéper, vista desde la perspectiva de un barco que viaja hacia el sur, un poco por encima de la colonia griega de Olbia —cuyos habitantes y visitantes eran la principal fuente de información del autor de *Historia*— identificó una tribu llamada calípidas, probablemente descendientes de matrimonios mixtos entre griegos y escitas locales. Más al norte, a lo largo del

Dniéster y al norte de las estepas controladas por los escitas reales, se encontraban los alazonianos (alizonos), que «llevan el mismo modo de vida que el resto de los escitas, pero siembran y comen grano, cebollas, ajos, lentejas y mijo». Más al norte, en la margen derecha del Dniéper, Heródoto localizó a los escitas labradores que producían trigo para vender. En la margen izquierda del río situó a los escitas agricultores, o boristenitas. Escribió que estas tribus eran muy diferentes de los escitas del sur, que vivían en las estepas pónticas.

Heródoto descubrió que las tierras a lo largo del Dniéper se encontraban entre las más productivas del mundo:

Borístenes, el segundo río más grande de Escitia, es, en mi opinión, el más valioso y productivo no solo de los ríos de esta parte del mundo, sino también de cualquier otro lugar, con la única excepción del río Nilo, pues con este último no se puede comparar río alguno. Proporciona al ganado pastos excelentes y muy provechosos, cuantiosos peces de una calidad verdaderamente exquisita; la potabilidad de su agua es óptima y su curso es límpido, cuando los ríos de los alrededores bajan turbios; en sus riberas la siembra goza de magníficas condiciones y, donde no se siembra la tierra, la hierba es muy abundante.

Una descripción muy acertada. La tierra negra de la cuenca del Dniéper sigue siendo famosa por su fertilidad. Gracias a ella, Ucrania ha recibido el apodo de «granero de Europa».

El universo de Heródoto no terminaba en las tierras escitas del curso medio del Dniéper, pobladas por agricultores. Al norte también había pueblos, de los que no solo los griegos de las colonias, sino también los escitas de diferentes ámbitos sociales, sabían poco o nada. Esos pueblos vivían en la última frontera. En la margen derecha del Dniéper, vivían los neuros; a la izquierda, más al este y al norte, residían los andrófagos (caníbales o «comedores de hombres»). Heródoto da

muy poca información de ellos, pero la ubicación de los neuros en los pantanos de Prípiat, en la actual frontera entre Ucrania y Bielorrusia, coincide con una de las posibles patrias de los antiguos eslavos, donde se encuentra un grupo de algunos de los dialectos ucranianos más antiguos.

Según Heródoto y sus fuentes, el reino escita era un conglomerado de grupos étnicos y culturas en el que la geografía y la naturaleza determinaban el lugar de cada grupo en la división del trabajo y la jerarquía política. La costa estaba ocupada por griegos y escitas helenizados, que servían de intermediarios entre el mundo mediterráneo de Grecia y el interior, tanto en términos de comercio como de cultura. Las principales mercancías de exportación (esclavos, grano, pescado seco) procedían de las zonas verdes o las zonas de bosque estepario. Para llevarlos a los puertos del mar Negro, estos productos, principalmente cereales y esclavos, debían atravesar las estepas, gobernadas por los escitas reales. Estos controlaban el comercio y se quedaban con la mayor parte de los beneficios, como demuestran los adornos de oro encontrados en los túmulos de la región. La división del territorio en costa, estepa y bosque descrita por Heródoto desempeñaría un papel muy importante en la historia de Ucrania durante muchos siglos, si no milenios.

El polifacético mundo escita descrito en *Historia* terminó en el siglo III a.C. Los romanos, que tomaron el control de las colonias griegas en la región norte del mar Negro y les extendieron su protección en el siglo I a. C., tuvieron que lidiar con diferentes amos de las estepas.

Una nueva oleada de nómadas procedentes del este, los sármatas, derrotó, expulsó y, finalmente, sustituyó a los jinetes escitas, que dominaban las rutas comerciales entre las regiones agrícolas y las colonias griegas. Estos recién llegados,

al igual que los escitas, eran de origen iraní. Heródoto los situó al este del Don. También recogió la leyenda de que los sármatas descendían de amazonas, que huyeron del cautiverio griego, y de escitas. Al igual que los escitas, los sármatas incluían varias tribus y gobernaban sobre una multitud de pueblos, como los roxolanos, los alanos y los yázigos. Los sármatas dominaron las estepas pónicas durante medio milenio, hasta el siglo IV d. C. En el apogeo de su poder, controlaban toda la zona entre el Volga en el este y el Danubio en el oeste, y penetraron en Europa Central, hasta las orillas del Vístula.

Aunque este pueblo era temido por todos los que lo rodeaban tanto como los escitas, sabemos mucho menos de los sármatas. Esto se debe principalmente a que el comercio entre el interior de Ucrania y las colonias griegas, que había prosperado bajo los escitas, se interrumpió casi por completo con los sármatas, y, sin el intercambio de bienes, el flujo de información también se evaporó. Empujaron a los escitas hacia Crimea, donde los antiguos señores del territorio crearon un nuevo reino conocido como Escitia Menor. Los escitas conservaron el control de la península y de las estepas situadas al norte, incluidas las colonias griegas. Los sármatas tenían el resto de la estepa pónica, pero sin acceso a las colonias. Los escitas, a su vez, perdieron el control de la estepa y del interior. El conflicto entre los nuevos y los antiguos amos de las estepas socavó no solo la prosperidad y el comercio local, sino también, con el tiempo, la seguridad de las colonias griegas: los escitas y otros nómadas exigían tributos en dinero y bienes, al margen de si el comercio era próspero o no. El comercio se redujo también porque los mercados mediterráneos recibían ahora productos agrícolas de nuevos proveedores. A las costas de los mares Egeo y Jónico llegaba grano procedente de Egipto y Oriente Próximo, y se hacía a través de las rutas comerciales aseguradas por las conquistas de Alejandro Magno y la expansión del Imperio romano. Cuando

los romanos extendieron su dominio a las costas del norte del mar Negro en el siglo 1 a. C., reactivaron parte del antiguo comercio al proporcionar a las colonias griegas una mayor protección. Pero incluso bajo la tutela romana, el bienestar pendía de un hilo. Ovidio (Publio Ovidio Nasón), que fue desterrado por el emperador Augusto en el año 8 d. C. a un lugar a orillas del mar Negro llamado Tomis, en la actual Rumanía, donde moriría diez años después, nos dejó una vívida descripción de los peligros de la vida cotidiana en una colonia marítima griega en los albores del primer milenio d. C.:

Alrededor, amenazan con crueles guerras innumerables pueblos que piensan que es algo vergonzoso no vivir de la rapiña. Fuera nada está seguro, y el mismo collado se defiende por medio de un muro bajo y la propia naturaleza del lugar... Las murallas apenas nos protegen y, a pesar de todo, dentro, una bárbara turba mezclada con griegos infunde temor. Pues los bárbaros habitan junto con nosotros, sin diferencia alguna, e incluso ocupan la mayor parte de las viviendas.

Esta deplorable situación, causada por las relaciones hostiles con los vecinos «bárbaros» y la falta de seguridad, no podía sino repercutir negativamente en el estado de las otrora prósperas colonias de la región. Dion Crisóstomo, orador y filósofo griego que afirmó haber visitado la ciudad de Olbia (conocida como Borístenes por los forasteros de su época) a finales del siglo 1 d. C., pintó un triste cuadro de una colonia en declive:

La ciudad de Borístenes, por lo que al tamaño se refiere, no se corresponde con su antigua fama a causa de los continuos asedios y las guerras. Pues por estar situada desde ya hace tanto tiempo en medio de los bárbaros, y posiblemente de los bárbaros más belicosos de todos, siempre está sufriendo guerras... Por ello,

los intereses de los griegos de esta zona quedaron muy menguados, porque las ciudades o no se constituyeron o no lo hicieron de la forma correcta. Además, muchísimos bárbaros se congregaron en ellas.

Esta era la situación de las colonias griegas más de un siglo después de la llegada de los romanos. La región nunca recuperó la prosperidad, el comercio y los vínculos con las tierras del norte de los que había disfrutado en tiempos de Heródoto. Siempre en guerra con los «bárbaros» o en un tenso paréntesis entre guerras, los colonos sabían poco de sus vecinos. «Más allá se encuentran el Bósforo, el Don, las lagunas de Escitia —escribió Ovidio, mirando al norte y al este desde su exilio en Tomis—, un puñado de nombres de lugares en una región poco conocida. Más allá no hay sino un frío inhabitable. Ay, ¡cuán cerca estoy de los confines del mundo!»

Estrabón, contemporáneo de Ovidio y autor de la aclamada *Geografía*, sabía más sobre la estepa póntica que el célebre exiliado romano. Su obra dio los nombres de las tribus sármatas y las tierras que gobernaban. Según él, los yázigos y los roxolanos eran «habitantes de carros», o nómadas, pero no nos dice nada sobre la vida de la población sedentaria de las zonas de bosques esteparios alrededor del Dniéper, y mucho menos de las zonas boscosas más al norte. Sin embargo, a diferencia de Ovidio, Estrabón no vivió entre los pueblos de la región; tampoco sus fuentes eran tan fiables como las de Heródoto. No sabían nada de los «norteños», y Estrabón se quejaba de la ignorancia que reinaba «sobre el resto de los pueblos septentrionales; pues nada sabemos ni de los bastarnas ni de los saurómatas (sármatas), ni una palabra de los que viven por encima del Ponto, ni a qué distancia se hallan del océano Atlántico, ni si sus tierras limitan con él».

Los informantes de Estrabón procedían de una de las colonias, pero si Heródoto hizo numerosas referencias al

Dniéper, Estrabón parecía estar más familiarizado con el Don. Sus fuentes debían de proceder de Tanais, una colonia griega en la desembocadura del Don que pertenecía al Reino del Bósforo, la unión más poderosa de colonias griegas que se benefició enormemente con la llegada de los romanos. Para Estrabón, el Don tenía un significado especial. Era la frontera más oriental de Europa, término utilizado en la Hélade para designar a las tierras en las que la influencia de los griegos se había extendido de un modo u otro. Si Europa se encontraba al oeste del Don, Asia comenzaba al este.

Así, a principios del primer milenio d. C., cuando los romanos llegaron a las colonias pónticas, los territorios ucranianos volvieron a encontrarse en el umbral de lo que sería la civilización occidental. La frontera norte del mundo helénico se había convertido ahora en el límite oriental de Europa. Permanecería allí durante casi dos mil años, hasta que el ascenso del Imperio ruso en el siglo XVIII redibujó el mapa de Europa y desplazó su frontera oriental hasta los Urales.

La división de las estepas pónticas en partes europea y asiática tenía poca importancia en la época romana. Estrabón escribió sobre la presencia de los sármatas que se hallaban tanto en la orilla derecha como en la izquierda del Don, y Ptolomeo, uno de sus sucesores, escribió en el siglo II d. C. sobre dos Sarmatias, una europea y otra asiática, una división que se convertiría en un axioma para los geógrafos europeos durante otro milenio y medio. Mucho más importante que la frontera oriental imaginaria de Europa era la frontera de las civilizaciones real entre las colonias mediterráneas de la costa norte del mar Negro y las nómadas de las estepas pónticas. A diferencia de las colonias griegas con sus fortificaciones, esa frontera nunca se estableció de manera definitiva y creó una amplia zona de interacción entre colonos y lugareños, donde se mezclaban lenguas, religiones y culturas, lo que produjo fenómenos sociales y culturales nuevos.

La importante frontera entre los agricultores sedentarios del bosque estepario y los nómadas de la estepa, conocida por Heródoto, escapó por completo a la atención de Estrabón. Es difícil saber si desapareció del todo, o si los autores mediterráneos simplemente desconocían su existencia. La geografía y la ecología siguieron siendo las mismas, pero es probable que la población no. Sin duda, no desapareció a mediados del primer milenio d.C., momento en el que volvemos a encontrar referencias a la región en los escritos de los eruditos griegos.